

ficultad para convertir lo uno en lo otro es otra de las pruebas que debe sortear todo buen historiador latinoamericano. Los pueblos del continente, por tener un pasado breve, lo tienen vivo y sufren esta cercanía como una imposibilidad científica. No se puede historiar con placidez algo que se considera del bando propio o del enemigo. Ardao ha hecho lo suficiente para saltar felizmente la valla.—BLAS MATAMORO (*Ocaña*, 209, 14 B. MADRID-24).

“PLIEGOS DEL SUR”: POESIA Y POETAS DE ANDALUCIA

VERSOS PARA IMÁGENES CON VOZ.

«PINTURA ESCRITA», DE LUIS ROSALES

Se nos dice: «Iniciamos estos Pliegos del Sur con Luis Rosales, nacido en Granada en 1910, de sobra conocido y aceptado por todos como uno de los mejores poetas españoles en lo que va del siglo.» Pero lo cierto es que la idea de los directores de estos pliegos es mucho más amplia. Antes, en la página anterior, Antonio Hernández y Manuel Urbano han dicho que tras la idea de Francisco Izquierdo, andaluz también, pintor y grafista de reconocida hondura, de patrocinar una colección que salvara del desamparo a la poesía andaluza, joven o reconocida, se lanzaban a una «atención por todas y cada una de las tendencias poéticas que se registran en Andalucía».

Bien editados por Azur en Madrid, este es el número 1 de los Pliegos del Sur. Y hace su entrada en el mundo editorial de la mano de los versos importantes y de la prosa lúcida de un digno representante de esa Andalucía tanto tiempo irrepresentada: *Pintura escrita*, del académico y actual director de *Nueva Estafeta* (maravillada continuación de *La Estafeta Literaria*, de feliz renombre): Luis Rosales.

Me imagino a Luis Rosales arremangándose los pantalones para subir las cuestas de Cercedilla, lugar desde donde crea y recrea un maravillado mundo de poesía y fantasía pocas veces superadas. Recuerdo a Luis Rosales en casa del salmantino Ledesma Criado, entonando una seguidilla y animando a Juan Ruíz Peña a «participar» en el momento de esperanzados lamentos que surge cuando más de dos andaluces se unen bajo el soplo de la amistad y la alegría del alcohol. Y le recuerdo como presencia itinerante de un universo repleto de consternaciones y

esperanzas, aireado por la luz y asesino de las sombras que se cernían otros días sobre esa cultura andaluza de exilios e incompetencias vanas.

Veo *Pintura escrita* como la hábil crítica de un inesperado crítico de arte, Luis Rosales, que sabe mitificar las imágenes con voz de sus preferidos artistas y reflejar en bellos versos o en inquietantes prosas, para hacernos llegar la maravillada palabra de los pintores a que sus versos aluden. Es así como vamos a asistir a la escrutación invulnerada de la obra de, por ejemplo, Pablo Picasso:

*Tú eres esa oleada que nos baña
de muerte principiante, esa juntura
de asombro y luz, esa juntura progenitura
de fracaso creador que aún tiene España.*

Abre este «pliego» una bella grafía de Manolo Rivera, cuyo mundo pictórico, según Rosales, «es anterior al paraíso», y es aquí el poeta quien posibilita la inserción del espectador de un cuadro en todo un complejo universo de intuiciones y vivencias muy superiores, incluso, a lo imaginado por el artista al concebir y plasmar su obra. Otro tanto ocurriría en el poema «La tierra cayéndose», «escrito sobre un cuadro de Benjamín Palencia, propiedad de Pedro Laín»:

*La tierra, ya en los huesos, se hace roca
de mártir y harapiento señorío;
el cielo, muy cercano, es como un río
que refresca el canchal; su luz evoca
una herencia de sed: no se equivoca,
esta tierra es mortal;*

*el aire frío
cruje quieto y violento dando brío
a un andamio de tierra pobre y loca
que se levanta como puede;*

*laña
de piedra en el eriel;*

*tierra que siento
como una llaga en el costado abierta,
brindándome su sed, la sed de España,
la tierra con su sed de nacimiento
que aún conserva la sed después de muerta.*

El poeta se sitúa más allá de sus versos, más lejano a la propia expresión poética, y se empeña en una empresa de difíciles asonancias, cual es la de recrear impresionados versos para esas imágenes con voz ante las que posibles sean los sueños, los misteriosos encuentros de paisajes y susurros que podríamos encontrar en algunas de las muestras pictóricas de que se nos habla en este libro. Es así como llegaríamos al

poema número 5, dedicado «A Paco Lozano, viendo su cuadro *La resurrección de las algas*»: «Un párpado se abre y va cortando / la tierra lentamente / con su circuncisión: / Es la mirada / del hombre que devuelve / la libertad perdida.»

Y luego esas prosas, llenas de poesía, como una honda meditación en torno a universos más que inventados, solemnizados y mitificados, ese «Retrato para un pintor»: «¿No recordáis que hace muy pocos años la alegría de Madrid era encontrarse con Carlos Lara?», o «Una pintura del origen del mundo», donde hace una culta disección de la pintura de César Manrique...

COMPROMISO (SOLEMNE) CON LA PALABRA.

JOSÉ LUIS NÚÑEZ: «DORMIDO PARAÍSO»

Empresa difícil ésta de editar libros de poemas, de pretender universalizar la casi perversa droga del verso y de la belleza. Por eso parece aún más extraño que aún persistan en ciertas sociedades los raros ejemplares llamados poetas, empeñados desde siempre en rubricar un compromiso formal con la palabra.

Y existen. Y siguen escribiendo versos. Y sueñan. Es así como pueden darse circunstancias en las que un poeta de hoy, sevillano, haya inventado ahora un *Dormido paraíso*. El poeta es José Luis Núñez. Sus versos forman el segundo título publicado por los Pliegos del Sur, editados por Azur y codirigidos por Antonio Hernández y Manuel Urbano (Madrid, 1978).

Barriendo cuanto de sensiblero y decadente se ha escrito sobre la patria andaluza, Núñez nos lleva a universos reales donde las gentes que pueblan aquella tierra se ven enfrentadas a cierto grado de adormecimiento, a una suerte de atardeceres y violencias, a esas claudicaciones periódicas que lo configuran, como otro poeta dijera, como «un dolorido sur», pero que también se ve exaltado hacia la lucha, empujado hacia la liberación, argumentando no oportunidades, sino los reales derechos de un pueblo noble que hizo posible una historia pujante y milenaria. Para Núñez, tras una visita a la Hechicera General «de la capital de España / única nigromante con diploma», se hace preciso buscar «la fórmula mágica» para que el paraíso despierte y se pueble de realidades, de campos floridos, de industria, de una identidad tantas veces ignorada... Se hace preciso entonces olvidar viejos aires de farándula y chirigota que existían al «filo de las sombras» y tal vez porque los mismos andaluces los aupaban y aplaudían. Que esa guitarra grite, olvidando promesas y haciendo que «sobre el mar telegráfico del cante» se yerga altiva

una conciencia nacional antes maniatada, perseguida y castigada. Y es entonces cuando el poeta se pregunta: «¿Bajo qué guindo, amigos, / dormita el Sur?», en una dolorida meditación sobre la mísera suerte de quienes durante siglos han vivido un obligado letargo a manera de exilio anterior mal administrado. Esa imagen del «rebuscador de aceitunas» llena de indubitables connotaciones esclavistas y monocordes... Esa imagen que hacían al andaluz un perfecto «Deudor de la esperanza» (léase este poema, aunque no se sea solidario con el resto de los versos del libro). En «Máscaras comprometidas» se dice:

*Hace tiempo que estamos aguardando el milagro
locuaz que nos congregate.*

*Hace tiempo que estamos
pidiéndole a la sangre un manantial más justo
y llevadero.*

La «Fábula de la Bella Durmiente» nos da, por fin, el magistral retrato de una tierra dormida pronta a despertarse.

«RAZÓN, VIGILIA Y ELEGÍA DE MANUEL TORRE»,
POR MANUEL RÍOS RUIZ

Tantas veces se ha convertido la poesía en algo mimético y anodino que en pocas ocasiones se da el verdadero valor que unos versos puedan poseer. Y, sin embargo, sin llegar a ridículas exageraciones, deberíamos admitir que la poesía es el más cálido vehículo para transmitir sentimientos concretos o para desmitificar de una vez por todas el hondo dramatismo de pueblos vulnerados o de protagonistas injustamente olvidados.

Bajo el título de «Poesía y cultura en la sangre», y refiriéndome a un delicioso poema desgarrador de Manuel Ríos Ruiz, titulado «Razón, vigilia y elegía de Manuel Torre», decíamos (*Informaciones*, 9-11-78):

«De Manuel Torre dijo García Lorca que tenía cultura en la sangre. De Manuel Ríos Ruiz puede decirse que es poeta mágico y rotundo, tras cuyos versos el universo todo parece hacerse más inmenso y etéreo; poeta que eleva la palabra a la categoría de rito y que hace posible que a su alrededor se reinvente a cada paso una especie de atmósfera cálida y transparente que todo lo transforma y deifica, convirtiendo en poesía los sueños y los gritos, los susurros y las violencias (las violencias, no, porque las violencias no tienen lugar en el apasionado relatar de Manuel Ríos Ruiz), consiguiendo algo que muy pocos consiguen: ser poeta en cada palabra, en cada sentimiento, en cada situación...»

Pero además en «Razón...» (tercer título de Pliegos del Sur) Ríos

Ruiz dice muchas cosas más, grita muchísimos silencios más, profundiza de una manera vital en el complejo mundo de esa Andalucía calcinada y apasionadamente amada por sus hombres a lo largo de los sufridos siglos en que Andalucía, casi misteriosamente, ha ido cobrando una tímida, aunque magnífica, conciencia nacional tantas veces impermitida y malograda en el ámbito irresoluto de lo que han dado en llamar el Estado español, que es una forma tergiversante de definir a un país en el que pueblos de diversos intereses y culturas han de convivir más o menos armónicamente.

En el programa del acto que celebró el centenario de Manuel Torre, donde surgió una Andalucía dolorida y esperanzada, se nos decía que «Manuel de Soto y Loreto, de raza gitana, conocido artísticamente como Manuel Torre, nació en Jerez de la Frontera, en 1878, y murió en Sevilla, en 1933. Está considerado el cantaor flamenco más genial de todos los tiempos, y gozó de la admiración de su pueblo y de los intelectuales de su época». Ríos Ruiz decía aquella tarde en el Salón Cultural Rumasa, y dice en estos «pliegos», aparte de otros decires dramáticamente «lindos»:

*Erase Manuel Torre, puro calorrró, tallado a buril en abedul, erizada
la piel y su caoba, los glóbulos aglutinando su raza y lejanía,
¡bijo macizo de Jerez!*

*heredero ungido de la Mare Seguiriya
y su duro pedernal, corinto el ademán y movimiento, altísima la frente
en su brocal y en su sino, la negra silueta clavada en la cal, perpleja
en los parrales, en las ventas y en los colmaos, patentado cartel andaluz,
vivificador de la alucinación y la jondura, sésamo y pijo del cante.
Había nacido de una profecía.*

Undivé lo consiguió,

Undivé que voló

*por los majuelos y se arrastró por los tabancos de los soleares sonos y martirios,
alzando custodias venencias y cálices catavinos, finos y olorosos sabores de la casta,
acaparando para él la queja, consagrándole el jipío, el vómito austral del alma
[jerezana.*

De forma que, como un genio benéfico, aparece Undivé imprimiendo un dolorido amor en la voz y en el sentimiento de Manuel Torre. Su homónimo paisano nos lo recuerda con esa gráfica expresión «La guitarra le esperaba como una madriguera», que nos habla de la soledad de Andalucía toda en la inmensidad de esa violencia que la mantuvo atada, hambrienta, como descalificada para los grandes honores, como insolentemente enmudecida y con un nivel de vida cercano a la desgracia, la tragedia, la muerte... Por eso «Manuel Torre cantaba, asumía toda la savia y lira de su gente», como gritándole a los latifundistas y a los politicastros centralistas todo el desamor de esos habitantes de «la justa

medianoche» que se ha cernido tantos siglos sobre la geografía de más allá de Linares. Y luego, relata Ríos Ruiz, la misma soledad del cantante, del hombre perdido en las honduras de su aterida historia, «Le vieron alejarse un día las torres de Jerez», en una angustiada escenificación de andaluz malherido y patéticamente huérfano, como huérfano sabía su entorno, su paisaje, el desarraigado trabajador de las jornadas angostas y reprimidas...

Manuel Torre nos envila, yayai muerto invicto, el que pasó por este decibelio cantando convulsiones y amorios, el padecer de la tierra, celebremos su gloria y rito, que Jerez entero se haga tablas, tarimas, paraninjos, tronos y púlpitos, rizos y frisos, que los jerezanos canten, que canten siempre lo mismo, el canto morao y absorto de Manuel Torre, nuestro idioma de la viña y del cortijo, de la era y la bodega, del bautizo y de los lutos; jonda manera de hablar en medio de todo el mundo. Pidamos a Undivé que vuelva, que vuelva Manuel Torre, que se siente y que cante.

POESÍA LÚCIDA Y DESBORDADA.

MARIANO ROLDÁN: «DIEZ NUEVOS POEMAS DE AMOR»

En este tiempo de democracias y otros misterios, la poesía parece que va quedando un tanto demasiado olvidada. En esta época de virulencias y terrores diversos, la poesía amorosa parece no tener espacio ni momento. Sólo de vez en cuando un alocado habitante de universos extraños se atreve a dar a la imprenta cálidos versos apasionados, cálidos y magníficos. Este es el caso de estos *Diez nuevos poemas de amor*¹, del andaluz Mariano Roldán.

Dícese en una página a manera de presentación que «Por el camino de la poesía interiorizada, Mariano Roldán (Rute, 1932) se ha hecho un nombre destacado dentro de la más exigente expresión española de las últimas décadas». Pero, además, es necesario reconocer que Roldán no recurre a malabarismos de ningún tipo para lograr palabras de la más exacta belleza e imágenes de la más inquietante filiación.

PAVESAS

*Tu sexo negro. Blancas tus caderas.
Tus dos pechos caídos, pero duros aún.
La habitación, pequeña. Tu voz ronca...
Ya nunca más el fuego nos consumirá,
bella mujer, que un día hiciste
pavesas vanas de mi sentimiento;
de mi deseo, hielo contra tus prejuicios.*

¹ *Pliegos del Sur*. Edita: Azur. Dirigen: Antonio Hernández y Manuel Urbano. Madrid, 1978.